

— Eso es inútil — observó el Magistral con una voz muy dulce; — como el madero aquel se ha metido entre los dos palos de la banda... si no se alza á pulso todo el columpio... no se puede desenganchar.

— Es claro — bramaba desde arriba el otro; y probó otra vez su fuerza.

Pero Bermúdez pesaba muy poco por lo visto, porque don Alvaro no movió el pesado artefacto.

El elegante se creía á la vergüenza en la picota, y de un brinco, que procuró que fuese gracioso, se puso en tierra. Sacudiendo el polvo de las manos y limpiando el sudor de la frente, dijo:

— Es imposible! Que se busque otra escalera.

— Ya podía estar buscada.

— Si yo alcanzase... — insinuó entonces el Magistral, con modestia en la voz y en el gesto.

— Es verdad — dijo la Marquesa — Vd. es también alto.

— Si llega, si llega — gritó Paco, que quiso verle hacer titeres.

— Sí, alcanza Vd. — concluyó Vegallana padre. — Como tenga Vd. fuerza... Y aquí... nadie le ve.

Lo difícil era subir á lo alto de la escalera sin hacer la triste figura con el traje talar.

— Quítese Vd. el manteo — observó Ripamilán.

— No hace falta — contestó De Pas horrorizado ante la idea de que le vieran en sotana.

Y sin perder un ápice de su dignidad, de su gravedad ni de su gracia, subió como una ardilla al travesaño más alto, mientras el manteo flotaba ondulante á su espalda.

— Perfectamente — dijo metiendo los brazos por donde poco antes había introducido los suyos Mesía.

Aplausos en la multitud. Obdulia comprimió un chillido de mal género.

Doña Petronila, extática, con la boca abierta, exclamó por lo bajo:

— ¡Qué hombre! ¡Qué lumbrera!

Sin gran esfuerzo aparente, con soltura y gracia, el Magistral suspendió en sus brazos el columpio, que libre de su prisión y contenido en su descenso por la fuerza misma que lo levantara, bajó majestuosamente. Somoza, Paco y Joaquín Orgaz ayudaron á Obdulia á salir del cajón maldito. El Magistral tuvo una verdadera ovación. Paco le admiró en silencio: la fuerza muscular le inspiraba un terror algo religioso; él había malgastado la suya en las lides de amor. Tenía bastante carne, pero blanda. Don Alvaro disimuló difícilmente el bochorno. «¡Mayor puerilidad! pero estaba avergonzado de veras.» Además, él que miraba á los curas como flacas mujeres, como un sexo débil especial á causa del traje talar y la lenidad que les imponen los cánones, acababa de ver en el Magistral un atleta; un hombre muy capaz de matarle de un puñetazo si llegaba esta ocasión inverosímil. Recordaba Mesía que muchas veces (especialmente con motivo de las elecciones en las aldeas) había él dicho v. gr.: «Pues al señor cura que no se divierta, que no abuse de la ventaja de sus faldas, porque si me incomodo le cojo por la sotana y le tiro por el balcón.» Siempre se le había figurado, por no haberlo pensado bien, que á los curas, una vez perdido el respeto religioso, se les podía abofetear impunemente; no les suponía valor, ni fuerza, ni sangre en las venas... «Y ahora... aquel canónigo, que tal vez era un poco rival suyo, le daba aquella leccioncita de gimnasia, que muy bien podía ser una saludable advertencia.»

La gratitud de Obdulia no tenía límites, pero el Magistral creyó necesario buscárselos mostrándose frío, seco y dándola á entender que «no lo había hecho por ella.» La viuda, sin embargo, insistió en sostener que le debía la vida.

— ¡Indudablemente! — corroboraba doña Petronila,

que no sospechaba cómo quería pagar Obdulia aquella vida que decía deber al Magistral.

Ana admiró en silencio la fuerza de su padre espiritual, en la que no vió más que un símbolo físico de la fortaleza del alma; fortaleza en que ella tenía, indudablemente, una defensa segura, inexpugnable, contra las tentaciones que empezaban á acosarla.

Visita subió entonces al columpio, pero con las piernas atadas: no quería que se le viesen los bajos.

Obdulia protestó.

—¿Cómo? ¿pues se veía algo? ¡no quiero! ¡no quiero! ¿por qué no se me ha advertido? Esto es una traición.

—Tiene razón esta señora—dijo don Víctor—igualdad ante la ley; fuera esa cuerda.

Edelmira subió al columpio sin atarse. No había para que tomar precauciones, no se veía nada.

Don Víctor y Ripamilán se columpiaron también, pero se mareaban.

—Ya están los coches—gritó la Marquesa—desde lejos; y corrieron todos al patio.

La Marquesa, doña Petronila, la Regenta y Ripamilán, subieron á la carretela descubierta; carruaje de lujo que había sido excelente pero que estaba anticuado y torpe de movimientos. El tronco de caballos negros era digno del rey. Los demás se acomodaron en un coche antiguo de viaje, sólido, pero de mala facha, tirado por cuatro caballos; era el que servía ordinariamente al Marqués en sus excursiones por la provincia, para llevar y traer electores unas veces y otras para cazar acaso en terreno vedado. ¡Se decían tantas cosas del coche de camino! Su figura se aproximaba á las sillas de posta antiguas, que todavía hacen el servicio del correo en Madrid desde la Central á las Estaciones. Lo llamaban la *Góndola* y el *Familiar* y con otros apodos.

Al Magistral se le hizo un poco de sitio, entre Ripamilán y Anita, con palabra solemne de dejarle en el Espolón, donde él tenía que buscar á cierta persona. (No había tal cosa, era un pretexto para cumplir su propósito de no ir al Vivero).

—Le secuestramos—había dicho Obdulia...

—Sí, sí, secuestrarlo, es lo mejor: no se le dejará apearse—añadió doña Petronila.

—No; protesto... entonces no subo.

Subió; y la carretela salió arrancando chispas de los guijarros puntiagudos por las calles estrechas de la Encimada. Detrás iba la *Góndola*, atronando al vecindario con horrisono estrépito de cascabeles, latigazos, cristales saltarines, y voces y carcajadas que sonaban dentro.

Todavía calentaba el sol y las damas de la carretela improvisaron con las sombrillas un toldo de colores que también cobijaba al Magistral y al Arcipreste. Ripamilán, casi oculto entre las faldas de doña Petronila á quien llevaba enfrente, iba en sus glorias; no por su contacto con el Gran Constantino, sino por ir entre damas, bajo sombrillas, oliendo perfumes femeniles, y sintiendo el aliento de los abanicos; ¡salir al campo con señoras! ¡la bucólica cortesana, ó poco menos! El bello ideal del poeta setentón, del eterno amor platónico de Filis y Amarilis con corpiño de seda, se estaba cumpliendo.

El Magistral iba un poco avergonzado: le pesaba, por un lado—y por otro no—la casualidad, ó lo que fuere, de ir tocando con Ana. Tocando apenas, por supuesto; ni ella ni él se movían. Él estaba turbado, ella no; iba satisfecha á su lado; seguía figurándose como un escudo bien labrado y fuerte. Ella le quitaba el sol, y él la defendía de don Alvaro. «Si este señor viniera al Vivero... no se atrevería el otro tal vez á acercarse... y si no... va... se va á atrever... claro. como allí

cada cual corre por su lado, y Víctor es capaz de irse con Paco y Edelmira á hacer el tonto, el chiquillo... No, pues lo que es que le temo no quiero que lo conozca; de modo que si se acerca... no huiré. ¡Si éste quisiera venir!...»

—Don Fermín—le dijo, cerca ya del Espolón, con voz humilde, con el respeto dulce y sosegado con que le hablaba siempre.—Don Fermín ¿por qué no viene usted con nosotros? Poco más de una hora... creo que volveremos hoy más pronto... ¡venga Vd.... venga Vd.!

De Pas sentía unas dulcísimas cosquillas por todo el cuerpo al oír á la Regenta; y sin pensarlo se inclinaba hacia ella, como si fuera un imán. Afortunadamente las otras damas y el Arcipreste iban muy enfrascadas en una agradable conversación que tenía por objeto despellejar á la pobre Obdulia. Ripamilán citaba, como solía en tal materia, al obispo de Nauplia, la fonda de Madrid, los vestidos de la prima cortesana, etc., etc. No cabe negar que la resolución del Magistral estuvo á punto de quebrantarse, pero le pareció indigno de él mostrar tan poca voluntad y temió además lo que podía suceder en el Vivero. Él no podía hacer el cadete; si don Alvaro quería buscar el desquite de la derrota del columpio y le desafiaba en otra cualquier clase de ejercicio, él, con su manteo y su sotana, y su canongía á cuestas, estaba muy expuesto á ponerse en ridículo. No, no iría. Y sintió al afirmarse en su propósito una voluptuosidad intensa, profunda; era el orgullo satisfecho. Bien sabía él la fuerza que tenía que emplear para resistir la tentación que salía de aquellos labios más seductores cuanto menos maliciosos; por lo mismo apreció más la propia energía, el temple de su alma, que «indudablemente había venido al mundo para empresas más altas que luchar con oscuros vetustenses.»

Volvió los ojos blandos á su amiga y poniendo en la

voz un tono de cariñosa confianza, nuevo, algo parecido, según notó la Regenta, al que había usado Mesía aquella tarde en el balcón del comedor, contestó el Magistral muy quedo:

—No debo ir con Vds...

Y el gesto, indescriptible, dió á entender que lo sentía, pero que como él era cura... y ella se había confesado con él... y Paco y Obdulia y Visita eran un poco locos, y en Vetusta los ociosos, que eran casi todos, murmuraban de lo más inocente...

Todo eso, aunque no lo quisiera decir aquel gesto, entendió la Regenta, y se resignó á habérselas otra vez con Mesía sin el amparo del Provisor.

No hablaron más. Se detuvo el carruaje; el Magistral se levantó y saludó á las damas. La Regenta le sonrió como hubiera sonreído muchas veces á su madre si la hubiera conocido. De Pas no sabía sonreír de aquella manera; la blandura de sus ojos no servía para tales trances, y contestó mirando con chispas de que él no se dió cuenta... ni Ana tampoco.

Estaban á la entrada del Espolón, *el paseo de los curas*, según antiguo nombre. Allí se apeó don Fermín entre lamentos de doña Petronila.

—Es Vd. muy desabrido—dijo la Marquesa, permitiéndose un tono familiar que empleaba con todos los canónigos menos con don Fermín.

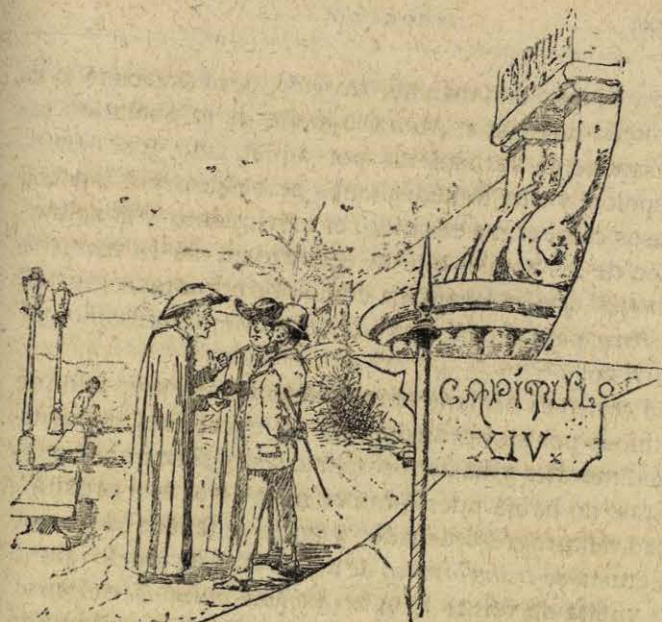
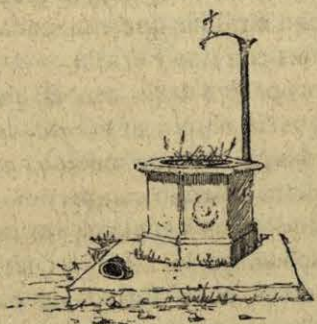
Y hasta se propasó á darle con el abanico cerrado en la mano. Quería significar así su deseo de estrechar la amistad algo fría que mediaba entre el Provisor y los Vegallana. Bien lo comprendió y lo agradeció De Pas. Intimar con los Vegallana era intimar con don Víctor y la esposa, ya lo sabía él; siempre estaban juntos unos y otros, en el teatro, en paseo, en todas partes, y la Regenta comía en casa del Marqués muy á menudo. De modo que, para verla, allí mucho mejor que en la catedral. Todo esto se le pasó por las mien-

tes al Magistral en el poco tiempo que necesitó para quitar el pié del estribo y hacer el último saludo á las señoras, dando un paso atrás.

—Anda, Bautista!—gritó la Marquesa; y la carreta- la siguió su marcha ante la espectación de sacerdotes, damas y caballeros particulares que paseaban en el Espolón, chiquillos que jugaban en el prado vecino y artesanos que trabajaban al aire libre.

Los ojos del Magistral siguieron mientras pudieron el carruaje. La Regenta le sonreía de lejos, con la expresión dulce y casta de poco antes, y le saludaba tímidamente sin aspavientos con el abanico... Después no se vió más que la angulosa silueta de Ripamilán, que movía los brazos como las aspas de un molino de muñecas.

El otro coche pasó como un relámpago. De Pas vió una mano enguantada que le saludaba desde una ventanilla. Era una mano de Obdulia, la viuda eternamente agradecida. No saludaba con las dos, porque la izquierda se la oprimía dulce y clandestinamente Joaquinito Orgaz, quien jamás hizo ascos en platos de segunda mesa, en siendo suculentos.



ERA el Espolón un paseo estrecho, sin árboles, abrigado de los vientos del Nordeste, que son los más fríos en Vetusta, por una muralla no muy alta, pero gruesa y bien conservada, á cuyos extremos ostentaban su arquitectura achaparrada sendas fuentes monumentales de piedra oscura, revelando su origen en el ablativo absoluto *Rege Carolo III*, grabado en medio de cada mole como por obra del agua resbalando por la caliza años y más años. Del otro lado limitaban el paseo largos bancos de piedra también; y no tenía el Espolón más adorno, ni atractivo, á no ser el sol, que, como lo hubiera toda la tarde, calentaba aquella muralla triste. Al abrigo de ella paseaban desde tiempo inmemorial los muchos clérigos que son principal ornamento de la antigua corte vetustense; por invierno de dos á cuatro ó cinco de la tarde, y en verano, poco antes de ponerse el sol hasta la noche. Era aquel un lugar, á más de abrigado, solita-